

EL LLANERO

El artífice de tipos antiguos decae--El llanero de la epopeya--La obra del medio y del aislamiento--La locomoción y el caballo--Ponderación de los sentidos--El paisaje y la imaginación. Literatura llanera--Los *galerones*--La hospitalidad--El valor--Tipo raizal--Los recién llegados y su riqueza--Las dos corrientes pobladoras--A través de los indios.

No se conoce la llanura de un modo completo sin conocer sus productos, el principal de los cuales es *el llanero*; pero la elaboración de ese bello producto, en que era maestra la pampa, está suriendo perturbaciones por causa de la civilización actual. Esa sabia y paciente orfebre de joyas antiguas no puede ya trabajar a gusto y empieza a dejar inconclusas sus obras.

Un centauro que colea ganado al galope de su caballo; que aguarda en medio de la sabana, de pie firme, al toro viejo y lo clava de hocicos, tomándolo por los cuernos; que caza tigres con lanza y se bate a cuchillo con los caimanes en el río; que pasa a nado el Orinoco con su silla de montar en la diestra y el ronzal de su yegua entre los dientes ; que canta *galerones* al són de una guitarra ronca, y que habla un lenguaje lleno de metáforas, vibratorias como el viento

y rápidas y deslumbradoras como el rayo; ese llanero, compañero de Páez y Rendón, desapareció en la epopeya. De ese Marte liberal de la llanura sólo queda la silueta en la Historia de Colombia, la gloriosa.

La antigua incomunicación de los pueblos por falta de caminos, y más que todo, por ciertas condiciones de estática social que va desapareciendo por causa de la Prensa y el telégrafo, determinaba la formación de tipos regionales. El llanero era uno de ellos. La presión del medio, ejercida sin perturbaciones extrañas, a través de una serie indefinida de generaciones, debía obrar en el organismo y en la mente del hombre profundas modificaciones que le imprimían carácter especial en la fisonomía, en el lenguaje, en la mentalidad y en las maneras. Preciso era que el troquel de impresión de estos tipos tuviera aristas aceradas. La planicie y la montaña, el aislamiento y la comunicación con el mundo, el frío y el calor determinan diferencias sustanciales en las modalidades humanas; pero el ferrocarril y el vapor conspiran contra esa diferenciación y la antropología moderna ha acabado con las razas.

El Llano ofrece, como ha podido verse en los capítulos anteriores, varios motivos de diferenciación en el hombre: la forma del suelo, la amplitud del horizonte, la monotonía, la soledad, la temperatura, la mayor mortalidad, los peligros de la vida.

Es curioso observar que las facilidades del suelo plano y los ríos para el transporte, hayan creado en el hombre el hábito de no hacer uso de sus órganos de locomoción: el llanero salta del *chinchorro* al caba-

llo y del caballo al *chinchorro*. Un llanero a pie no sirve para nada!

Por desgracia el caballo llanero es un sér triste, taciturno, pensativo, perezoso, flaco, sarnoso, pelado y feo; porque vive enfermo. Los murciélagos le chupan la sangre de noche y los tábanos lo enloquecen de día. El caballo, como el indio en el Llano, no tiene un momento de solaz. La mortalidad de estas bestias allí es aterradora, y por eso las crías de caballos son muy difíciles. A precio de mil cuidados se mantienen los caballos durante su corta y precaria existencia. Un caballo, según sus condiciones, vale en el Llano cuatro, seis.... diez novillos!

La amplitud del horizonte intensifica los sentidos: el llanero distingue a largas distancias una vaca de un toro y una res del propio hato de otra res del hato vecino. Las voces de los cazadores de venado y las señas estratégicas de la batida las entiende el llanero de un extremo al otro de la sabana. Las percepciones de toda especie de ruidos en el hijo de la pampa es cosa de maravillar: ellos oyen y distinguen desde el rancho el paso de la piara, el arrullo de las pavas y el rumor de las fieras en la *mata* lejana.

La uniformidad del paisaje, la línea siempre horizontal del suelo, la vida llana desarrollan en la pampa, por una especie de contraste, el paisajismo mental de los hombres, la consiguiente metáfora en el lenguaje, la superstición de lo fantástico, el cuento de los imposibles. La voz del llanero es lenta y cadenciosa, pero su charla es anecdótica y seductora. Los cuentos de los llaneros están llenos de pinturas y de

movimientos; en sus relaciones se ve el tigre deslizándose majestuoso por la llanura, se oye el cascabel del crótalo, se siente el raudo correr de los venados.

La musa del Llano huye con la colonización de la cordillera. El poeta popular que improvisaba *galerones* al són de la bandurria y el tamboril en los *fan-dangos*, ya ha desaparecido; pero subsisten sus versos en la memoria de los llaneros alegres, próximos también a desaparecer. Como muestras preciosas de la literatura pastoril de nuestra encantadora región oriental, recogemos los *galerones* más vulgarizados allí, para salvarlos del olvido en vísperas de que la civilización, que invade la América del sur con paso acelerado, haga desaparecer al llanero, sus tradiciones y sus versos. Siempre es grato fijar en el recuerdo de las generaciones el rasgo fugitivo que caracterizó un estado social que no volverá jamás!

Mi mama me dio el consejo
que no fuera enamorao,
y si veo una bonita
me le voy de medio lao :
como el gayo a la gayina,
como la garza al pescao,
como la torcaz al trigo,
como la vieja al cacao !

Por aquel yanito abajo,
donde yaman Para Para,
me encontré con un becerro
con los ojos en la cara ;
el rabo lo tenía atrás,

tenía pelos en el cuero,
los cachos en la cabeza
y las patas en el suelo.

Más acá de no sé dónde,
juntico de la quebrada,
iba yo, ya nochecita,
y hayé la tigra cebada.
No sé qué estaría pensando
el dianche de la malvada
que, así que me vido encima,
me tiró una manotada.
Huiste ! le dije a la indina :
«No sea busté tan malcriada,
«que pa saludar un hombre
«no se le tira a la cara !
«¿ No ve que el morcillo es potro
«y que se asusta de nada ? »

Yo soy nació de Aroa
y bautizao en el Pao;
no hay zambo que me l'haya hecho
que no me l'haya pagao,
que anoche comí culebra
y esta mañana pescao;
que los dedos tengo romo
de pegalle a los malcriao;
los brazos los tengo blancos
de vivir enchelecao;
no hay zambo que me l'haya hecho
que no me l'haya pagao !
Yo no soy de por aquí,
yo vengo del otro Iao
y me trajo un capuchino

en las barbas enredao.
 Si hubiere alguno en la rueda
 que con yo esté incomodao,
 sálgase de para afuera
 p'echarlo patarribiao
 con este brazo invencible
 que Jesucristo me ha dao;
 que en esos yanos de Achagua
 yo soy el zambo mentao:
 yo fui el que le dio la muerte
 al plátano verde asao,
 con un cabito de vela
 y un padrenuestro gloriao.

Por los años de sesenta
 para colear el ganao,
 me dieron para mi siya,
 un cabayito melao ;
 me echaron un toro josco,
 los cachos abercelaos ;
 le di tan fuerte jalón
 que lo dejé mancornao.
 Vino el mayordomo y dijo :
 «No me maltrate el ganao» ;
 Yo le dije : «Cabayero,
 sea busté mejor hablao» ;
 que me yaman «tántas muelas»
 aunque no las he mostrao,
 pues si las yego a mostral
 se ha de ver el sol clisao,
 la luna teñía en sangre,
 los elementos trocaos ;
 que jumo tabaco en bomba
 y escupo de medio lao !

Por otra manifestación extraña de la ley de los contrastes, la soledad y el aislamiento en que viven los llaneros les da aquel espíritu hospitalario de que justamente se ufanán. Son contadas en la existencia del llanero las ocasiones en que un forastero llega a su cabaña; era de esperarse que fuera montaraz, y sin embargo, sale al encuentro de la caravana para ofrecerle amparo en su casa. Para el llanero no sólo es sagrado el huésped sino que lo constituye en amo y señor. El *trago de café* de la bienvenida parece sellar un pacto, en virtud del cual todo, desde el chinchorro hasta el perro, quedan a la orden del visitante. Al principio el llanero se muestra discreto en sus intimidades, por timidez, pero luégo abre su corazón, denuncia sus secretos y cuenta su historia.

La vida de peligros que pasa el llanero, en lucha frecuente con las fieras y en desafío permanente de peligros, le infunde un valor estoico de que él no se da cuenta. Caza el tigre como pudiera hacerlo con un armadillo, cruza el río embravecido durante la tormenta, soporta la perniciosa bajo el mosquitero como si se tratara de un catarro y se burla de la muerte a cada paso como si le fuera indiferente la existencia.

La indolencia, el talento, la generosidad y el valor son las características que el Llano sabe poner en la índole de sus hijos. En cuanto al físico del llanero, se lo imprimen el calor y la alimentación: color moreno, ojos negros y brillantes, estatura mediana, seco de carnes.

Estas condiciones aparecen en el tipo puro, raizal del Llano; porque la migración cordillerana, reno-

vada diariamente, tiende a neutralizar la obra del medio. Pero el medio tiene un poder formidable y es tenaz como el tiempo. Entre la montaña y la llanura se ha establecido, en efecto, una lucha: la cordillera manda a sus hijos fornidos y el Llano los enflaquece; diligentes, y el Llano los empereza; mezquinos y pacatos, y el Llano los hace pródigos y chisparosos; tímidos, y el Llano los convierte en audaces. Pero antes de que la transformación se cumpla, la muerte cosecha un 7 por 100 anual de rebeldes a la adaptación.

Entre los niños bogotanos voceadores de periódicos que algún Prefecto de Policía deportó al Llano en 1887, iba uno de diez años de edad, vivaz y sentimental como todos los de su oficio, llamado Milcides Naranjo (alias *la pulga*). Las calenturas apagaron el color de su rostro, la escrófula le rayó las pantorrillas, la anemia le secó las carnes, la nostalgia le apagó el genio y el sentimiento de la injusticia le laceró el corazón. Sin embargo, el hijo querido de los embaldosados de la ciudad no murió, y hoy es dueño de un pequeño hato en el centro de una rica sabana y padre de familia y hace por temporadas una larga correría para traer un nuevo alumno a las escuelas de Villavicencio.

Los Sres. Francisco y Carlos Vásquez fueron al Llano en 1884 con sólo crédito, y hoy sus descendientes que giran bajo la respetable razón social de Vásquez Hermanos, tienen dos magníficos hatos allí, con cerca de 4,000 reses y han podido adquirir, además, con el producto de su afortunada y meritoria labor llane-

ra, varias fincas valiosísimas en la hoya del río Bogotá. El éxito de aquellos dos hermanos antioqueños atrajo al Llano a diez hermanos más, tan trabajadores y afortunados como ellos.

El Sr. Ricardo Rojas R. llegó sin dinero al Llano en 1862, y al principiar la malhadada guerra de 1899 era dueño en Villavicencio de dos espléndidas haciendas de pasto y cañas y un hato de más de 1,000 cabezas, que la guerra destruyó. Su hermano, Antonio de P. Rojas, vino al Llano en 1880, adolescente aún, como administrador de un hato, y al morir, dieciocho años después, legó una cuantiosa fortuna, consistente en dos grandes haciendas de pasto y caña y dos hatos de 800 reses.

Hacia el año de 1860 se estableció en Villavicencio el Sr. D. Manuel Fernández, sin un real en el bolsillo, principió a trabajar como un héroe, educó a su numerosa familia en los mejores colegios de Bogotá y le dejó al morir, treinta y cuatro años después, dos haciendas de pasto y un hato de más de 1,000 cabezas.

Manuel Velásquez, Antonio Puentes, Milciades Martínez, Juan Acuña, ricos comerciantes de Villavicencio, comenzaron allí su fortuna hace doce años.

Santos Quevedo, Justo Flórez, Acisclo Velásquez, Lino Rojas, Gregorio Rey, Juan Herrera, Bautista Rodríguez y centenares más, ricos hoy, comenzaron su labor llanera sin recursos.

Y, para decirlo de una vez, todo mozo caqueño que llega al banquete de la vida y no encuentra en él puesto, porque lo ocuparon ya otros con prela-

ción de tiempo; es decir, que le falta tierra en el apretujo de labranzas de sus mayores, toma su escopeta, le dice adiós al terruño y busca la aventura en el Llano. El derrotero es conocido y el éxito probable: después de un año es dueño de cabaña y *conuco*. y si persevera, a la vuelta de diez años es hombre de capital a inmediaciones de San Martín o Villavicencio. Por millares podrían citarse nombres: todos los vecinos del Territorio del Meta, con pocas excepciones de lejanas procedencias, son hijos de los cuencos del Rionegro, el Guavio y el Garagoa. Otro tanto puede decirse de la humilde colonización boyacense, por los malos caminos de la cordillera hacia Casanare.

Como la sedimentación lenta, perseverante y eterna de la montaña sobre la llanura no se nota de un año a otro y parece que no existiera, así el aporte humano de aquella sobre éste. Si mediante un registro estadístico se contaran las pequeñas fortunas levantadas de la nada en el Llano, cada cierto período de tiempo, sumarían guarismos cuantiosos. La acumulación de esas pequeñas porciones representa para el país lo que la agricultura microscópica de los estancieros, una gran riqueza de conjunto.

Hay, pues, una tenue corriente humana, afortunada y próspera, aunque humilde y casi imperceptible, que baja de la cordillera hacia el Llano, la cual hará al través de los siglos su obra de colonización de la gran llanura, por el colmataje del tiempo. Acelerar este movimiento en velocidad y sobre todo, en intensidad, por un método de concurso científico, es el ob-

jeto de la civilización moderna en esta lucha que tienen empeñada las naciones para llegar pronto a su apogeo.

Pero hay otra corriente humana que sube del Llano hacia la cordillera, la cual cumple el mismo fin que la anterior y que se debe someter a los mismos procedimientos acelerativos. Nótase, en efecto a medida que se interna el observador en la llanura, que la migración del Apure va trayendo lentamente sus rebaños en pequeñas o grandes partidas hacia Arauca y Casanare, en busca de mejores condiciones de vida. Venezuela verifica sobre Colombia un éxodo inconsciente, del cual puede aprovecharse esta última para apresurar el coronamiento de sus anhelos de progreso. De cierta distancia de la *pata del cerro* (como por allá dicen) para abajo, casi todos los dueños de grandes hatos, de empresas de transportes y almacenes son venezolanos, muchos de los cuales, como D. Ramón Real, son verdaderos propulsores de nuestro progreso.

El llanero venezolano, más atemperado al clima al través de su largo éxodo en las llanuras de su propia Patria y con una mezcla de sangre africana que le presta atavismos tropicales, es quien caracteriza verdaderamente el tipo regional y quien impone sus costumbres, sus gustos, su estilo y sus supersticiones, a cuya escuela concurre el llanero colombiano de procedencia serrana y sangre mezclada de indio.

Todo esto, aunque aclimatado más o menos en una o varias generaciones, es de procedencia exótica, donde predomina muchísimo la sangre andaluza,

como se descubre por cierta genialidad gallarda y chispeante de que están impregnadas con grato perfume las maneras de la gente de nuestra llanura oriental.

Pero hay otro elemento étnico propio de la región, del cual trataremos en capítulo especial cuando bajemos el Meta, y son los indios llaneros, cuya importancia demográfica va siendo cada día menor, a medida que el contacto de la raza dominante los degenera y elimina. Hay tiempo de salvar lo que resta.

En la época de la Conquista era la parcialidad de los achaguas, una de las más dóciles que poblaban la llanura en toda la extensión del Meta, en número incontable, hoy ha desaparecido casi del todo, víctima desde entonces de la persecución de los blancos. Subsistén aún en considerable número los sálivas y los guahibos y rastros poco significativos de otra multitud de tribus del Orinoco remontadas hacia la cordillera por sus afluentes. Con todas ellas estaría al presente inundada la inmensa llanura, sin la perturbación del régimen demográfico que introdujo la conquista española con todas sus cruelezas y depredaciones, apenas comparables con las depredaciones y cruelezas de los actuales peruanos en la Amazonia.

Razón tienen los guahibos cuando les gritan en mal castellano a los pasajeros del vapor que hace viajes en el Orinoco:

«Blanco ladrón! Lancha mía, río mío!»